

Eliseo Diego:

## A través de mi espejo

Eliseo Diego, (La Habana - 1920) es autor de una amplia y deslumbradora bibliografía en prosa y poesía. Para Eliseo, la comunicación de la palabra poética en general es algo que sucede en un pequeño círculo de luz rodeado de la sombra. "A través de mi espejo", se constituye en la iluminación más directa sobre su creación.

(Segunda de cuatro partes)

De la quinta de Arroyo Naranjo no se hablará aquí, primero, porque no tengo ánimo para hacerlo; segundo, porque el más pequeño de mis hijos -¿cómo debe perdonarme el, con sus seis pies de inteligencia y cervantina ironía, esta broma en que mi pueril orgullo insistió- está escribiendo ya el libro de Arroyo Naranjo; y tercero, porque es imposible entrar en cuálquiera de los míos sin pasar de algún modo por este sitio. Justamente a principios del pasado año consentí en cederlo porque lo necesitaba la Revolución, a sabiendas de que cediéndolo comenzaba a desgajarme de todo -lo que no es a fin de cuentas tan melancólico como parece, pues para mí ya va siendo tiempo de ejercitarme en las cortesías de la despedida última. Pero fue mucho antes, para ser exactos el año de 1929, que ocurrió mi definitiva expulsión del paraíso, coincidiendo con el traslado de mi familia a La Habana, y aunque más tarde regresé provisionalmente, lo cuento sólo como una suerte de mayordomía para cuidar el disfrute de mis hijos. No voy a citar aquí sino algunos versos que conmemoran la partida, el desgarramiento del hombre que deja atrás al niño que ha sido. Forman parte el primer poema que haga yo escrito, y están dedicados a Pina García Marruz, sin cuya cariñosa atención no habrían llegado a ser nunca. Veámoslo esta curiosa biografía.

Yá llomas, corazón, a donde sea, / no cuesta irse, pero cuesta mucho, / quedarme otro rato, pero escuchó / lo que tu grave voz dice que sea.

Mis manos llevan los sagrados días / que salvan mi sangre del olvido; / comienzan el tiempo en lo que ya ha pasado, / la tarde ausente es hoy la tarde mía.

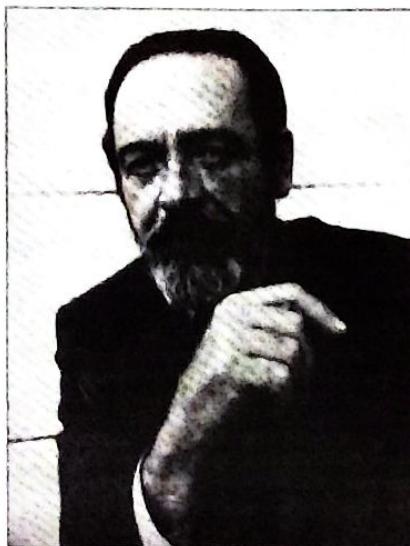
Recuerdo ahora que debí decirte / todos el rato que se queda solo, / Hoy llamas, corazón, a despedirte.

Adiós, amigo que te quedas solo, / me llevé algunas cosas en que morirme, / que Dios te guarde en lo que pierde, solo.

Por sobre el infierno de la adolescencia pasaremos como sobre ascuas, ya que solamente un pobre diablo quería detenerse en el infierno. Sin embargo, en medio de las páginas sulfureamente indescriptibles que echamos a un lado, cierto episodio resalta como el paisaje de una lucila iluminada: es la lucila de la amistad, la "C" de Cintio, nombre de veras extraño. ¿Será fictio, permisible quizás, que me vanaglorie de haber tenido a Cintio Viter enemigo compañero de colegio? Pocas veces inteligencia y juventud habrán ardido con más gusto en una misma llama. Aquel muchacho supo ya entonces de poesía todo lo que es licito saber, y con seguro instinto iba derecho a los textos memorables. No se cuántas tardes habremos pasado leyendo la poesía mayor junto a la mesa de trabajo que su abuelo construyó con sus propias manos y esta ahora, a salvo, en cierto comedor de poema suyo. Todavía hoy no acierto a explicarme como Cintio Viter, que tanto gusto de la conversación lucida, pudo soportar la compañía de aquel fulano ensimismado y taciturno que era yo entonces. Creo que en nuestra amistad el debe está fuertemente a mi lado de la cuenta, y voy a pedirle aun otro favor, que, como decíamos los muchachos, me "dé una mano" para saltar al segundo de los nudos maestros de mi vida. Después de todo, fue el quien me presentó a las hermanas Marruz.

De aquella festiva mañana de nuestro primer encuentro guardo un cargo de conciencia que voy a aliviar hoy con una confesión pública y solemne. Cintio me había anunciado la aparición en la Facultad de Letras de cierta joven prodigiosa que deseaba presentarme, y en su entusiasmo rozó apenas a la hermana -lo suficiente, quizás, para estimularme a hacer de segundo en el paseo que proyectaba. De modo que cuando me encontré avanzando entre la luz más pura junto a la prodigiosa joven, mientras debía Cintio contentarse con la hermana, sentí lástima por él y en seguida un remordimiento brutalmente sofocado: Cintio tenía grande el corazón y sabría comprender los caprichos del destino. Todos mis poderosos lugares comunes de sudamericano sentimental remontaron energicos para protegerme; pero el mayor los ahogó pronto a todos: estaba tricionando a mi mejor amigo. Me encogí cincelamente de hombros y cerré los oídos a cuanto no fuese la voz infinitamente misteriosa y dulce de la prodigiosa joven. Vino luego el final feliz: las dos hermanas eran, en efecto, prodigiosas.

Pero en torno a la que había de corresponderme descubrí un antecedente de especial prodigo, una escena que habría podido servir a Carlos Dickens para el corazón de una de sus novelas. Sucedía en la sombría casona que habitaban mis tíos en la calle Concordia -la misma donde nació el año de 1920. Mi tío Francisco -el que compraba todos sus trajes en Londres y se hacía lavar las camisas en Nueva York, corpulento, decidido, elegante, increíble calavera- inserta un clavel en una caja vacía de cigarrillos Aguilillas. Se acerca al balcón y la lanza, sonriente, a través de la calle,



donde, el balcón opuesto, una niña muy seria la recibe al vuelo. Es la hija de uno de los mejores médicos de La Habana, su compañero de fiestas. Yo contemplo la escena, que se repite en visitas sucesivas, con la indiferente benevolencia de mis nueve años. Esta niña de pelo lacio habría de ser una de las prodigiosas jóvenes del paseo.

Es para ganarme su admiración que comienzo a escribir seriamente -al menos, con toda la seriedad de que era capaz entonces. Algo había escrito antes -en especial un cuento alucinado que conservé hasta hace pocos años y que había merecido este comentario de Cintio, impostado en la solemne tercera persona que reservábamos para las grandes ocasiones: "usted escribirá una novela", sobria profecía que no podrá ya cumplirse. Pero ahora me arrastraba a la pista de papel el incentivo de esta muchacha que parecía graciosamente no andar sino volar allá por las escalas del arte: de algún modo tendría yo que trepar también aquellos andamios de gran circo. Releyendo hoy las cosas que escribí entonces, me choca el ver con qué cuidado se elude en ellas todo lo sombrío o lo grotesco, recurriendo con frecuencia a los dinurnutivos cuando no parece haber otra salida, como si el joven autor pensara que su muchacha era tan fragil, tan "su niña", que pretendiese escamotearle, con la propia, toda la tristeza del mundo. Y sin embargo, no creo que exista otra mujer en quien el valor y la juventud sean tan parte de su esencia misma. No se puede, es más, impunemente estar así expuesto al esplendor de la juventud, aceptarlo con tan alegre coraje, con tan absoluta entrega. Si se me acosa, no sé a cierta ciencia qué querer decir con esto. Trate de expresarlo no hace mucho en un poema que tituló "La joven en el teatro", donde describo la primera vez que la vi, un tiempo antes de conocerla y saber su nombre. Se me permitirá que transcriba la última estrofa y que subraye la importancia de la disposición de los versos en la página, ya que en este poema, como en otros que he escrito, los espacios en blanco significan tanto para mí como las propias palabras.

Y mientras te matinabas / impaciente al vuelo / interrogando

la polvorienta parpura, / tuel sesgo valeroso de la boina, / tus ojos serios y veloces, / el latido

pelo lucio al desgarrar, oh cazadora, / y me tocó el terror de lo tremendo / sobre tus hombros frágiles, / caía

la mañana en diluvios, oh luz, / en fugas y murmullos, / y ya nada  
podría ampararte de tu juventud.

Es decir, la juventud como un esplendor sólo en apartencia ligado al tiempo, que no a todos se concede, capaz, a la vez, de conisumir a sus propios elegidos y de conciliar contra ellos la mezquindad y la furia del siglo. Lejos de amparar a la joven de la boina, me temo que a mi irrestable pesar he sido cómplice de la miseria enemiga -yo que nunca fui joven sino de máscara. Que Dios me perdone.

Mis primeras pretensiones me quedaban ciertamente grandes. Acometí la novela, y en seguida el cuento porque la "rauda cetrería de metáforas" -única forma poética licita en aquellos tiempos- me inspiraba un respeto tan aplastante como absoluta era mi certeza de que jamás podría intentarla. Quise escribir una novela cuyo asunto fuese la génesis misma de la novela, su salto al choque de la imaginación en la memoria, y el resultado está en los informes fragmentos que acertadamente titulé "En las oscuras manos del olvido", así como, ya de retirada, en un cuento largo, "El desterrado", que más tarde se publicó en Orígenes. Sin embargo, mis tanteos del género no quedaron sin fruto apreciable, ya que por ellos encontré la llave de mi propia poesía.

(Continuará).